

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

Eco mes 8 rs.
Trimestre 24.

FUERA DE ELLA.

Trimestre 30.

NÚMEROS SUELTOS
DEL ECO UN REAL.**ELECO****DE CARTAGENA.**

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO

CARTAGENA ILLUSTRADA

Trimestre. 28 rs.

Fueraid. 34.

NÚMEROS SUELTOS

de Cartagena Ilustrada 2 rs

Puntos de suscripcion.

CARTAGENA

Liberato Montells, Mayor 24.

(SEGUNDA EPOCA.)

Madrid y Provincias

corresponsales

de la casa SAAVEDRA.

Miércoles 17 de Febrero.**El Eco de Cartagena.**

Severos y amantes la justicia por educacion y por carácter, hemos comenzado la espinosa y desagradable tarea de señalar el camino que, en nuestro sentir, deben andar los monárquicos liberales que amen a la patria sobre todas las cosas humanas y que tengan una clara idea de las grandes obligaciones que impone este nobilísimo amor. Camino aspero y trabajoso sin duda alguna; pero que es inevitable preciso recorrer, porque en esta época de movimiento y debate, donde ni aun la divinidad está exenta de discusion, donde todo se investiga y analiza, es imposible de todo punto aislarse en la quietud, ni poner freno a las murmuraciones, ni decir al pensamiento *de aquí no pasarás*, como Dios dijo a las olas de los mares.

La autoridad pública de hoy no se funda en el silencio, sino en la razon, en el convencimiento, en la persuasion, como decía el año 1830 el brillante vizconde de Chateaubriand, definiendo ante la Cámara de los pares de Francia la esencia de las monarquías modernas. Y como es evidente absurdo el querer prescindir del día en que se vive, de sus gustos, de sus inclinaciones, de sus necesidades, de sus exigencias, de ahí que en nuestros tiempos el poder mas fuerte, mas vigoroso y respetado será indudablemente aquel que mejor sepa investigar, comprender y satisfacer las necesidades públicas, que es lo que constituye la política, esto es, la ciencia del gobierno.

Gobernar y mandar son dos verbos que espresan ideas muy diferentes; mandar es imponer la autoridad del poder público, sin que previamente sean discutidos los fundamentos ó motivos que la determinan; gobernar, supone tambien la idea de mando, pero de mando despues de haberse resuelto en vista de la exposicion serena de las opiniones individuales y colectivas

que es lo mas justo, prudente y acertado para el bien general del país. De ahí, como decía un orador famosísimo contemporáneo, en la primer cátedra de España, que el gobierno puede y debe definirse como la accion; y de ahí tambien que los gobiernos sean eternamente como son las sociedades a quienes rigen, ó de otro modo, que cada pueblo tenga sin remision el gobierno que se merece.—Estos son, y no pueden menos de ser, los gobiernos propios de la civilizacion moderna.

Ahora bien: si se quiere que el orden moral renazca del fondo de esta sociedad tan hondamente perturbada, y que se asiente sobre bases graníticas é indestructibles, a cuyo pie haya de estrellarse impotente el espíritu de turbulencia y caudillaje, tan característico del pueblo español y al cual debe este tan largas é inmensas desventuras, es indispensable que las clases genuinamente conservadoras, las que no entienden el quietismo y el silencio por sentimiento conservador, sino aquellas que lo comprenden como el ilustre lord Russell, segun digimos hace pocos dias, cuenten con oído atento las palpaciones de la opinion pública y estudien detenidamente las necesidades a cuya legítima satisfaccion aspira la sociedad española.

Ya indicamos antes de ayer que uno de esos deseos mas patentes consiste en concluir de una vez para siempre con el caciquismo lugareño, que a tan grande postracion ha tratado la atívez genial de los españoles, y que tanto ha contribuido a falsear la pureza del sistema representativo, que es la mas acabada espresion hasta hoy descubierta de la verdad política. Ya digimos que, para llegar a ese resultado, no debe imitarse en manera alguna el ejemplo ofrecido por otras situaciones, cuyo espíritu banderizo exigía que la administracion local se entregase a los amigos políticos con lo cual se mezclaban desgraciadamente la administracion y la política, y aquella quedaba perturbada profundamente. Ya digimos que

si por causas justas era necesario hacer algun cambio en esos cuerpos, debía procurarse que no revistiera carácter alguno de político apartidamiento, sino realizarlo, depositando la confianza en las personas que por su posicion ofreciesen mayores garantías de amor intimo al orden social.

Las poblaciones rurales se encuentran indudablemente perturbadas por nuestros pasados caudillajes, perturbacion que en ellas se traduce en odios y en violencias, seguros los vencedores de la impunidad que habian de hallar en sus amigos. Pues precisa devolverles la concordia y el reposo, para que comprendan que no es un cambio ministerial, sino el comienzo de una dichosa regeneracion, el deseado restablecimiento de la institucion monárquica, sobre la cual lloverán entonces las bendiciones de los pueblos.

Mas, haciendo eso, no se habrá hecho, sin embargo, otra cosa que empezar la noble empresa de nuestro renacimiento. Hay otro grave mal, que a manera de cáncer, está destruyendo lentamente las entrañas de esta sociedad, esto es, la inmoralidad en todas sus manifestaciones, y los nobles hábitos del trabajo, sin los cuales no hay grandeza ni honor posibles para los pueblos. Y ese mal, ese cáncer es la empleomanía, que estimula poderosamente a la holgazanería, a las intrigas repugnantes y a los motines, que aleja de la actividad particular infinito número de agentes, que convierte en botin el presupuesto y hace de este una especie de ley de pobres.

Ya lo observó con pena el insigne y honrado Quintana, hablando de las discordias políticas de 1820 a 1823, como Mr. Benton en la América del Norte, como Mr. Garquier en Francia, como todos los hombres de bien, en toda la plenitud de la palabra, lo han notado y lo deploran en todos los países. El espíritu burocrático, la empleomanía, es en su esencia un grande elemento de disolucion en cuanto a las costumbres públicas, y en los pueblos en donde

se desarrolla, es el objeto final a que los cambios políticos se reducen, con escándalo y dolor de la inmensa mayoría de las gentes. Esta es la verdad desnuda y universalmente declarada, por cuya razon nos contentamos con esponerla sencillamente, sin descender a los tristes comentarios a que se presta y que ya hemos hecho en otras ocasiones.

Pues bien: urge sin duda acudir al remedio de una dolencia social tan grave. Y la tarea no es difícil, si copiamos un alto y noble ejemplo que está a la vista de todos, como indicándonos cuál es la senda de nuestro deber en este punto.—La verdad es que a la iniciativa unánime é irresistible del ejército se debe la desaparicion de la anarquía mansa en que yacia la patria, y la salvacion de ésta con el restablecimiento de su derecho monárquico. Era un deseo general y patente, sobre todo en las personas que no viven al calor de las revueltas políticas, nutriéndose de ellas y elevándose sobre el pedestal de sus locuras; pero si el ejército que escuchaba esa aspiracion en la palabra íntima y veraz de la amistad y de la familia, no se hubiese inspirado generosa y patrióticamente en ella, tenemos el convencimiento de que el grande suceso no se habría realizado tan pronto ni tan fácilmente.

¿Y qué ha hecho el ejército? A diferencia de lo que se prometió y se hizo en 1868, no prometer desinterés y abnegacion, pero presentar de esas virtudes un claro y honrosísimo é irrecusable testimonio. El restablecimiento de la monarquía constitucional no ha costado al país una lágrima, ni una gota de sangre, pero tampoco la más leve remuneracion. Así es el verdadero patriotismo, y no de otra manera.

Ahora bien: ¿no sería evidentemente bochornoso para los hombres del estado civil, que no imitasen la moderacion, la generosidad, el desprendimiento y el nunca bastante elogiado patriotismo de los hombres del estado militar? ¿Sería tolerable que la grande obra por ellos realizada, se manchara por la pasion, por el egoismo, por la codicia de los hom